

## **CARTA DE PEDRO GONZÁLEZ (PRESIDENTE DE AFEM) 9 de febrero de 2013**

Hace unos meses me embarqué en un proyecto que iba a ser muy duro. Durante décadas, he estado viendo cómo ser médico en este país se había ido transformando en un suplicio. Las autoridades sanitarias no nos respetaban, nuestras opiniones profesionales no eran tenidas en cuenta, perdiendo toda autoridad o capacidad de decisión en la organización de nuestro trabajo, aunque cuando existían problemas, éramos nosotros los que teníamos que resolverlos. La relación médico-paciente se transformó en una absurda relación clientelar, ya nadie hablaba de calidad asistencial ni de seguridad, sólo de ahorro de costes y de rentabilidad y las listas de espera se subastaban como los lotes de ganado. Aquella época en la que el paciente venía al seguro a ver a su médico desapareció. Hoy no tiene médico, uno le ve y le mete en lista de espera, otro le opera por lo que dijo el primero y un tercero le tratará si tiene complicaciones.

Llegué aquí porque esto era la muerte de la medicina y de la profesión médica, aunque como los muertos más grandes, sus pequeñas células pudiéramos tardar en enterarnos de que el animal estaba muerto.

Cuando me puse en huelga durante semanas, lo hice porque querían privatizar los centros sanitarios (de hecho porque con esto se arrogan el derecho a hacer cualquier cosa aunque no se les vote para ello) y porque proponen un plan de recortes sin tener ni idea del sistema sanitario, sin contar con (e incluso en contra) los profesionales y sin que les importe lo que esto afecte a la calidad de la asistencia que tienen obligación de dar a los ciudadanos. Pero también me puse de huelga por DIGNIDAD ( y esta era para mí la causa más importante, aunque no figurara entre los motivos de la huelga). Durante años han tratado mal a la profesión médica, nos han pisoteado, no han contado con nosotros como profesionales para llevar adelante o mejorar el sistema, he tenido que rogar a los directivos de los hospitales para que me dejaran hacer bien mi trabajo, por conseguir unas pinzas, porque el material o el instrumental que utilizara fuera el adecuado, porque me respaldaran cuando me insultaban, porque los contratos no fueran una mierda peor que en las empresas privadas más esclavizantes... La huelga fue, para mí, la oportunidad para decir a la sociedad que no quería más dinero, quería dignidad. Ni siquiera dignidad para mí, sino porque no podemos hacer medicina sin médicos dignos, con profesionales que hacen lo que les manden aunque sean estupideces, en manos de empresas privadas que les van a tener menos respeto todavía, porque para ellos no somos más que aprietatuercas y tenderos, mientras los pacientes son los clientes que vienen a por cuarto y mitad de hernia.

Sorprendentemente, nuestros gobernantes no tienen la sensibilidad de percibir esto (esto es una deformación profesional, pues presentan una portentosa sensibilidad natural para percibir aquello que represente votos). Es más, durante la huelga, lo más espantoso, lo que más me cabreó, fue el desprecio con que nuestros gobernantes nos insultaban como profesión, escupiendo su más vil ponzoña sobre nosotros. Los políticos, los peor valorados de nuestra sociedad contra una de las profesiones mejor

valoradas, los que tienen más privilegios en este país (son la nueva aristocracia intocable) contra los que sólo tenemos aquello que ellos nos conceden con sus leyes, este país nunca ha tenido perdón de Dios y se merecería por consentir estas cosas arder en los infiernos.

Aunque hay quien considera que no ganamos en la huelga, yo estoy seguro de que sí. Hasta ese momento, yo había pensado que estaba sólo en esto, con unos pocos que pensaban como yo. Pero me di cuenta de que no era así. Los médicos, que hasta ahora parecía que no nos importaba todo esto ni un pimiento, podían unirse ante un objetivo común: luchar por una sanidad pública y de calidad, por recuperar el papel perdido en una profesión que cada vez parecía menos nuestra y de los pacientes, porque nos volvieran a respetar y considerar como profesionales. Pero sobre todo recuperamos lo más importante que habíamos perdido, la DIGNIDAD. Pudimos sentarnos delante de ellos y decirles que no podían pisotear esta profesión impunemente, insultarnos, despreciarnos y luego decirnos que querían que salváramos el sistema sanitario para que pudieran privatizarlo, que asumiéramos el coste vital de ahorrar en sanidad, de los despidos de eventuales, de los recortes sin organización ni control...

En las últimas semanas muchas personas me han hablado de que los gerentes de los hospitales les están pidiendo a los adjuntos y jefes de servicio planes de ahorro. Quizás nos podemos olvidar que son los mismos que durante años no nos han recibido cuando teníamos problemas, o que nos decían que no podían resolverlos porque era "cosa de la consejería", que actúan sin la independencia o autonomía ni siquiera para concedernos un salón de actos en los días previos a la huelga, pero no podemos olvidar que son parte de la cadena de mando que ha estado destruyendo la profesión médica y que ha llevado al sistema sanitario a una situación lamentable, desorganizada y caótica. Son parte del mismo colectivo de políticos que nos han insultado hasta hace pocas semanas, que han dicho a la población que los médicos querían hacerles daño acortando su estancia en el hospital o que sólo nos importaba nuestro dinero o nuestros privilegios. La peor falta de respeto es la que tenemos con nosotros mismos y la DIGNIDAD no parece ser un valor en alza en nuestro tiempo (por esto para mí estamos ante la peor crisis, la de los valores).

Por eso, cuando me preguntan si debemos colaborar con dar datos de ahorro creo que uno debe de mantener sólo dos cosas en la vida, la dignidad y la coherencia. Por DIGNIDAD debemos exigir que se nos devuelva el respeto de la profesión, el papel que los médicos deben tener sin duda en las instituciones sanitarias, la autoridad necesaria al grado de responsabilidad que ostentan y no ser tratados como meros eslabones de un sistema que no podría funcionar sin nuestro tesón y empeño. Por coherencia y como profesionales, no podemos colaborar con pequeñas medidas de ahorro en un plan sin fundamento. Claro que quiero colaborar para hacer que este sistema sea sostenible y eficiente, pero con la seriedad que sólo un profesional puede tener, organizando un grupo de trabajo en cada hospital que plantee soluciones reales, globales dentro de un plan para reformar el sistema sanitario y locales que afecten al funcionamiento de todo un hospital. Pero sobre todo, con la capacidad de negociar

también cambios reales con listas de espera, contratos precarios, control de calidad y seguridad de la asistencia y con interlocutores que tengan la capacidad para hacer y mantener acuerdos de gestión y no el tipo de gerentes que se sientan a hablar sin ninguna capacidad negociadora.

Sin cambios suficientes en el modelo de gestión y relación de los profesionales y los gestores (gerentes, directores, consejeros, etc.), seguiremos en la senda de la estupidez, de la inoperancia y de la falta de respeto y dignidad necesarias para construir algo real y duradero. Sin estos cambios, lo habríamos cambiado todo para que todo siguiera igual. Son tiempos difíciles que exigen de nosotros todo aquello que podamos dar, pero que también nos dan la oportunidad de conseguir todo aquello que nos propongamos. La diferencia es que ahora depende de nosotros. Las grandes desgracias sociales no ocurren porque quieran unos pocos, sino porque una gran mayoría no hacemos nada por evitarlo. Lo que suceda a partir de ahora no podremos decir que fue culpa de los políticos, será culpa de los médicos que no hicimos lo suficiente para evitarlo.